



UNA NOCHE CON DOÑA AUXILIADORA

Alicia Bazarte Martínez

En una noche de enero de 1979, estando de viaje en la península de Yucatán, nos alojamos en la casa de Doña Auxiliadora, una mujer mestiza quien nos dió amablemente un espacio en su vivienda, en donde pasamos algunos días.

Nuestra anfitriona, una señora de aproximadamente 70 años con una amplia experiencia como antigua chicle-
ra y posteriormente campesina, hizo de nuestra estancia en Carrillo Puerto un verdadero aprendizaje de tradiciones y cultura de la región.

Con suma paciencia y con su gran sabiduría hacía que las noches en su compañía transcurrieran rápidamente y, a pesar de nuestras fatigas por los recorridos dentro de su región, nos reanimábamos al pensar en las historias que nos contaría y de sus experiencias en la selva como chicle-
ra.

Sabíamos que Doña Auxiliadora tenía que dedicar parte de su día a atender las múltiples actividades que incumben a la esposa de un campesino: limpiar la casa, preparar el maíz, moler el nixtamal, etc; además de todo esto, atendía durante las tardes un pequeño puesto de venta de refrescos que ayudaban a complementar los precarios ingresos familiares. Sin embargo, a pesar de sus fatigas,

esa mujer septuagenaria encontraba siempre al anochecer el tiempo de atendernos con amabilidad y alegría. Nos invitaba a sentarnos en su cocina y a beber el café que ella misma había cosechado en su traspatio y, mientras calentaba las tortillas del medio día esperando al es-
poso de regreso de la plaza, emprendía largos relatos en los que revivía para nosotros sus recuerdos.

De los numerosos cuentos que quedaron plasmados en mi grabadora, algunos me parecieron tener una importancia particular, toda vez que reproducían algunos elementos fundamentales de la forma de pensar de los mayas peninsulares, así como características particulares de las condiciones de vida de los trabajadores del chicle, en el ambiente selvático de los años cuarenta.

La vida en los campamentos chicle-
ros exigía de parte de los trabajadores una constante e intensa interacción con las especies animales y vegetales que

aseguraban su reproducción y de las cuales dependían. Por lo tanto, la cacería representaba una actividad imprescindible puesto que aseguraba la mayor parte de la alimentación del grupo chicle-
ro. No es de extrañarse, entonces, que reunidos alrededor de las fogatas en sus cotidianas charlas nocturnas los hombres y mujeres que compartían la vida de campamento hicieran frecuentes referencias a sus encuentros eventuales con los animales de la selva. El venado es uno de esos personajes del mundo natural que participaba a menudo de los relatos que ahí se ventilaban. Uno de los cuentos que a continuación transcribiremos relata precisamente el encuentro entre un venado mítico y uno de los compañeros de trabajo de nuestra amable informante.

La Piedra del venado

Un día que andaba paseando por la selva, Marcelino se acercó del gran zapotal, buscaba algo de carne pues ya teníamos varios días muy ocupados en el corte y nadie de nosotros había podido alejarse del campamento. Era el mes de septiembre, en esa época los animales andaban bien gordos y todos queríamos

comer un poco de carne, aunque fuera de armadillo después de tantos días calentando el frijol. Marcelino se llevó su rifle y su perro, a ese perro le faltaba una oreja por meterse siempre en las cuevas de los tepezcuintles, era muy buen cazador. Ya se acercaba del gran zapotal, cuando de repente le advirtió su perro que algún animal andaba por ahí. Se acercó con cuidado, tratando de que no se oyeran sus pasos en el lecho de hojas, ahí cerca, al pie de un chechen, estaba parado un enorme venado. No era de esos chiquitos de cola blanca que por aquí les dicen *yuc*,¹ era el venado grande, de muchas astas, al que la gente de por aquí llaman *ceh*.² El venado no pareció darse cuenta nunca que Marcelino lo andaba observando. Cuando le disparó, se alzó sobre sus patas traseras y volteó hacia el hombre. Dice Marcelino que lo vió, muy fijamente lo miró y antes de caer muerto pareció querer decirle algo, pero Marcelino nunca supo realmente qué. Era un animal muy grande, muy pesado, el más grande cazado por ninguno de nosotros en toda esa época. Marcelino no lo podía cargar él solo; entonces decidió destasarlo, desollarlo, pues el campamento estaba retirado. Tres horas tardó o quizás más. Dice que terminó de trabajar a la luz de la luna. Cuando estaba partiendo los trozos de carne, descubrió una piedra grande y brillante en medio del estómago del venado. La sacó, la limpió con su paliacate y la puso en su morral pensando: -¿Qué cosa será esa piedra que encontré en la panza del venado? me la llevaré, a ver si Juan Cauich me puede decir a qué sirve.

Cuando llegó era muy noche ya, pero todos nos levantamos a ver la carga de Marcelino. Le calenté un café y nos contó entonces cómo había sacado de las entrañas del venado la piedra que ahí estaba. Juan se quedó escuchando. Juan hablaba poco, quizás porque era mayero y que nosotros puro español entendía-

mos. Cuando Marcelino se calló, Juan se le quedó viendo y luego le dijo:

—Creo que eso que cazaste era un zip es decir un protector del venado, algo como su patrón, lo que tú hallaste en su panza es algo sagrado, algo que tendrás que cuidar y que te permitirá cazar muchas piezas. Si sabes cuidarlo nunca le faltará comida a tu familia; pero si no lo sabes cuidar, si haces algo indebido, entonces perderás todo el valor de esa piedra, ya no te será útil y la tendrás que tirar, tendrás que devolver a la selva, a los venados, lo que ahora te prestan, para que lo uses bien en beneficio de todos nosotros.

Después de eso, Juan ya no dijo nada y todos nosotros ahí reunidos en las primeras horas del amanecer, empezamos a salar, asar y preparar la carne, alegres porque sabíamos que comeríamos mucho venado en los días a venir.

Pasaron los días. Cada vez que faltaba carne en el campamento despachá-

bamos a Marcelino con su piedra, su rifle y su perro y siempre regresaba con algún venadito, de tal manera que siempre hubo caldo y tamales hasta que terminó la temporada.

Pasó un año, todos nos habíamos ido a nuestros pueblos a descansar los meses en los que descansa el zapotal. Cuando regresamos al cabo de algunos meses, Marcelino también regresó, volvió a quedarse en nuestro campamento. De nuevo, como el año anterior, lo elegimos nuestro cazador, ya que seguía con su buena suerte. En esos días llegaron cerca unos extranjeros y Marcelino se fue con ellos a cazar y nos contó que mataban a todos los animalitos que encontraban nomás por matarlos. Marcelino era un hombre casado, allá por Yaxcaba, tenía su esposa y sus cinco hijos. Pero en el campamento solía olvidarse de ellos y se buscaba una querida. Nosotros, pos no decíamos nada, pero sí sabíamos. Le gustaba mucho la hija de Fermín; ella genraimente se encargaba de preparar la comida. Como era flaquita su padre no la mandaba al corte, y cuando Marcelino regresaba al campamento más pronto que nosotros, le gustaba ir a ayudarla. Tanto la ayudó que un día la Chabelita se tuvo que ir y a Marcelino también se le fue la buena suerte.

Seguía yendo al monte, pero en vez de venado, de jabalí bien gordo, de sabroso tepezcuintle, solamente pepenaba una tuzá, un sereque, y cuando bien le iba una liebre flaca. Nunca más volvimos a comer banquetes de venado. Nos acordamos entonces de lo que nos había dicho Juan Cauich, de la advertencia que le había hecho a Marcelino y supimos que el zip se había enojado con nuestro cazador. En la mañana siguiente, cuando Marcelino se fue al monte, se le aparecieron de repente una manada de venados amenazadores, sacó entonces de su morral su piedra de buena suerte y la tiró en la maleza, el encanto había terminado.



Algunos años después, el valor internacional del chicie bajó a tal grado que los equipos de recolección prefirieron dedicarse a otro tipo de actividades. Doña Auxiliadora y su esposo regresaron entonces a Carrillo Puerto (que en aquel entonces se llamaba Chan Santa Cruz) y decidieron hacer milpa para alimentar a sus hijos. Se les concedió unos mecate de selva y emprendieron el trabajo de desmonte. El relato que sigue es consecuencia de esa primera experiencia como milpera en una comunidad todavía fuertemente marcada por los códigos simbólicos tradicionales de la cultura maya peninsular.

El Protector del Monte

Nos habían dado diez mecate de monte, mi marido y yo tumbamos durante el invierno los árboles grandes para poder sembrar en la temporada de lluvia. Era selva primeriza, nunca había sido cortada, y nos costó mucho trabajo hacer esa primera milpa. Después de tumbar tuvimos que rozar. A principios de mayo quemamos, fuerte ardió el campo. Cuando fue temporada de siembra, mi esposo con mi hijo mayor, que todavía era bien tierno, se fueron a sembrar el maicito. Sembraron calabaza también, y frijolito. En los pueblitos de la región los campesinos acostumbran hacerle su comida a la milpa en los meses de junio o julio, cuando la plantita es tierna todavía. Dicen que así apaciguan al Protector del Monte, para que no se enoje por haber cortado su monte. Eso ya lo sabíamos, nos habían dicho, pero era nuestra primera milpa y no teníamos dinero ahorrado. Entonces nos hicimos tontos, no hicimos fiesta alguna. Estábamos en la segunda escarda cuando mi hijo una tarde se fue a leñar al monte cercano. Yo andaba escardando con mi esposo cuando repentinamente oí al chiquito que nos llamaba, al parecer muy asustado. Con nuestros machetes acudimos al

lugar de donde provenían los gritos. Ahí estaba mi hijo, llorando, espantado, frente a un gran ceibo, estos que les dicen *Yah'che*, mirando fijamente al tronco del ceibo. Nos dijo que un hombrecito con un gran sombrero lo había estado molestando y asustando mientras buscaba leña y que cuando nos vio llegar ese personaje se había escondido dentro del ceibo. Mi esposo no lo creyó, pero yo sabía que mi hijo no mentía.

Agarré una varita de madera y empecé a azotarla adentro del hueco que me enseñaba mi hijo para que viera que no había nada.

Regresamos a casa. Mi hijo estaba muy intranquilo. En la noche no pudo dormir, le empezó a dar una fiebre muy fuerte; yo pensé que por el mismo espanto. Durante varios días no quiso comer, no quería probar bocado alguno, la fiebre no se le quitaba, todas las noches soñaba que el hombrecito lo visitaba, lo asustaba, le decía cosas, no sabíamos qué. Toda la semana que siguió nos quedamos muy asustados. Mi marido no regresó a la milpa, se quedaba viendo a nuestro hijo que no se aliviaba. Por fin decidimos llevarlo a un curandero que por ahí le dicen el *Hmen*. Todos los señores del pueblo le tenían mucha confianza, él sabía de las cosas de los antiguos, sabía curar, sabía de las ceremonias que los mayeros organizan

para cuidar de su maíz. Era un hombre sabio. Le contamos entonces todo lo sucedido. Para él no cabían dudas: habíamos desafiado al Protector del Monte y así castigaba a nuestra familia, llevándose a nuestro hijo como nosotros nos habíamos llevado sus árboles. Nos dijo que mientras no le hacíamos su fiesta, eso que le dicen *U hanli kol* (es decir su comida de la milpa), nuestro muchacho no iba a sanar. El día siguiente maté dos gallinas, hice mucho nixtamal y compré recaudo en el mercado, mientras mi marido alzaba un pequeño altar de palos en el centro de la milpa. Temprano, al amanecer, el *Hmen* llegó. En su calabazo traía una bebida que por ahí la llaman *balché* y que es la bebida de los dioses del monte. El sol estaba muy alto ya cuando mi marido, el *Hmen*, mis dos cuñados, sus hijos y varios de mis vecinos fueron a la milpa y rezaron. Dos o tres horas estuvieron ahí rezando. Habían colocado la comida, los tamales, la gallina, el *balché* y las velas sobre el altar de palos. Quemaron incienso, el que llaman *pom*, porque dicen que les agrada mucho a los señores del monte. Yo no me acerqué, ni mis hijas tampoco, me quedé con mis vecinas y mis cuñadas esperando a lo lejos que terminaran de rezar. Después nos repartimos la comida, a mi hijo le dieron un poquito del caldo y aceptó tomarlo. Tenía ocho días sin probar nada, pero aceptó el caldo. A partir de ese momento empezó a sentir-

se mejor, a la noche ya había sanado.

Mi esposo dejó tamales, un plato de caldo de gallina y una jícara de balché sobre la mesa de la milpa. Era su comida del guardián del monte. Dicen que sí la probó; creo que sí le gustó porque mi hijo sanó y nuestra milpa sí dio muchas mazorcas. Nunca más se nos olvidó que hay que convidar a los protectores del maíz, de los árboles, del monte a la hora de hacer milpa nueva; nunca más fallamos porque sabíamos que de no ser así los homrecitos del monte regresarían a castigarnos por no hacerles caso.

Conclusión

No podría por razones obvias reportar todas las leyendas que nos transmitió en esa ocasión Doña Auxiliadora. Lo que más nos impactó de sus relatos fue el haber aceptado como propio el sistema simbólico de los mitos y leyendas de la región, que reflejan por lo general, de manera figurada, la interpretación de la historia, la experiencia de interacción con la naturaleza, con las plantas y los animales, fuentes del sustento, la organización social intra-grupo, y las relaciones intergrupales e interétnicas de una comunidad. Por medio de códigos simbólicos y de soportes estéticos, se cristaliza y transmite un sistema de normas sociales y de valores que fundamenta y legitima un determinado modo de vida, de organización social, etc., conformando con ellos un complejo cultural.

Entre los mitos y leyendas campesinas ocupan un lugar central los que remiten a la interacción hombre-naturaleza, dado que los campesinos dependen estrechamente de ésta para su subsistencia. La mayoría de estos mitos expresan la sabiduría ecológica campesina, y enfatizan la necesidad de no romper los equilibrios bióticos, de preservar la armonía hombre-medio ambiente, y de una autoregulación de la actividad humana de transformación de la natura-

leza, para evitar la ruptura de las complejas cadenas de interrelaciones entre elementos, seres y plantas que constituyen los ecosistemas.

Los dos mitos que hemos presentado, son típicos de los campesinos indígenas de las zonas selváticas, quienes dependen todavía en gran parte del bosque, de donde sacan una proporción sustancial de sus fuentes de proteínas animales, y que, a la vez, tienen que destruirlo para "hacer milpa": según el antiguo sistema de tumba-roza y quema, ejemplifican el papel de los mitos en el reforzamiento y la legitimación de las normas sociales y de las leyes de intercambio hombre-naturaleza en los sistemas de producción locales. No se puede desmontar masivamente el bosque ni masacrar a los animales indiscriminadamente, más allá de los montes estrictamente necesarios para asegurar la subsistencia, so pena de provocar enfermedades y otros males peores.

Hoy la pérdida de esta rica tradición oral, que se agrava cada vez más, va de la mano con la desaparición o transformación de los sistemas tradicionales de producción y con procesos críticos de deterioro ecológico, que a menudo amenazan incluso la reproducción de grupos étnicos enteros en su habitat natural. Si los factores demográficos, económicos y políticos de carácter externo e interno al grupo son determinantes para explicar esta evolución, habría que pre-

guntarse si la erosión de la memoria colectiva por la penetración de los medios masivos de comunicación, de la escuela, etc., y la caída en el olvido del conjunto mítico cultural en muchas comunidades indígenas, no han abierto las puertas a prácticas productivas depredatorias del medio ambiente, al desaparecer la conciencia del necesario equilibrio hombre-naturaleza y de identidad grupal.

NOTAS

¹ *Odocoileus Virginianus* o venadito cola blanca

² *Mazama americana* o venado temazate

³ *Ediodesmum laiantherum*

